

Dario Fo

**Barbarroja
y la burla de Alessandria**

Edición de Jacopo Fo

Traducción del italiano de
Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Preámbulo. <i>Laudata historia italicae gentes</i>	9
Milán y los <i>monfortini</i>	13
La República de Milán en pugna con el emperador	23
La primera campaña de Italia	41
La humillación de los lombardos	49
Los municipios contra el Imperio	63
La estrategia de Guintellino	71
La ciudad flotante, entre historiadores oficiales e historiadores apócrifos	89
El gran final	121
<i>Una historia que dura toda una vida</i> por Jacopo Fo	135
<i>Fuentes</i>	141
<i>Galería de personajes</i>	143

Preámbulo

Laudata historia italicae gentes

«Para llegar a descubrir los secretos del universo recurro, en primer lugar, a lo fantástico. Creo, a menudo imprudencial azar, hechos y movimientos completamente imaginarios. Luego indago, sirviéndome de investigaciones incuestionables, para verificar si lo que he inventado corresponde a la verdad».

GALILEO GALILEI

Vivimos en una época llamada, brutalmente, de la desinformación. Se oyen frecuentes quejas acerca del desinterés de gran parte de nuestros jóvenes, especialmente los de las últimas generaciones, por la cultura y, en particular, por la historia reciente y antigua de nuestro país (Italia). Antonio Gramsci, en la prisión de Turi, Apulia, donde los fascistas lo habían encerrado, escribió que, si no sabemos de dónde venimos, es imposible entender hacia dónde pretendemos ir. No hay más remedio que admitir que ese vacío de conocimiento les ha sido impuesto a nuestros chicos. En los colegios, el relato de la historia se impone desde arriba, sin implicación civil ni cultural. Además, según una anti-

gua costumbre, los hechos se ven a menudo corrompidos y mistificados, y, especialmente cuando se trata de acontecimientos decisivos de nuestro pasado, censurados y reemplazados por patrañas.

La relectura que proponemos pretende plantear la posibilidad de conocer hechos y sucesos de la historia de nuestros padres tal y como realmente sucedieron. Acontecimientos sobrecogedores con frecuencia, de los que casi no se sabe nada, ya que han sido conscientemente amañados. El episodio que se relata en este libro, relacionado con el nacimiento de los municipios libres, con las guerras contra Federico I Barbarroja y con la ciudad de Alessandria, resulta ejemplar a este propósito. Tiene lugar, de hecho, en una época, la Edad Media, que todavía está considerada como un periodo oscuro, a pesar de que los estudios, investigaciones y descubrimientos de la segunda mitad del siglo XX hayan revolucionado la concepción que de ella teníamos, demostrando, muy al contrario, que la civilización medieval puede compararse con la que desarrollaron las ciudades de los antiguos griegos, inventores de las *poleis*. Sin embargo, nombres, términos y expresiones como, por ejemplo, el movimiento patarino, la orden de los Humillados, la Motta, Brolo y otras corrientes heréticas siguen siendo en nuestros textos escolares palabras vagas.

Los extranjeros, con cierta ironía, nos ven como un pueblo superficial, de poco fiar e incapaz de levantar una sociedad digna de respeto. La razón de este juicio negativo no se debe solo a nuestro comportamiento individual, sino también a la falta de una moral político-civil por parte de nuestros educadores y gobernantes. Y pensar que nosotros, los itálicos, hemos dado pruebas al mundo entero de haber

alcanzado la primacía en grandes innovaciones de la vida social y en la administración de la justicia. Pensamos, en efecto, en los municipios medievales, un fenómeno que se origina a partir del año 1000 en el centro y el norte de nuestro país y que en poco tiempo alcanza valores y significados propios de una civilización colectiva en la que se han inspirado muchos otros pueblos siguiendo nuestro ejemplo.

Para ser precisos, los primeros centros que lograron imponer su autonomía tanto ante el emperador como ante el clero hegemónico fueron las repúblicas marítimas (de Venecia a Amalfi; de Génova a Pisa), que —al igual que en Alemania y otros países las ciudades de la Liga Hanseática— cobran vida en el siglo XII y a las que también estaba vinculada Nápoles.

Inmediatamente después, aparecen entre los pueblos innovadores los milaneses. Y es precisamente aquí, en Milán, donde nuestra historia va a dar comienzo.

Milán y los *monfortini*

A comienzos del siglo XI, en concreto en 1035, Milán era una ciudad en plena ebullición. Dominaba la diócesis el arzobispo Ariberto de Intimiano, un hombre culto y desaprensivo, obligado a luchar contra la manifiesta oposición ejercida por una sociedad de *cives* de distinta extracción, comenzando por los *minores* de la Motta. ¿Y quién era esa gente? El término *Motta* («lodo») hace referencia a la pasta de barro amasado que los campesinos solían emplear para contener las aguas en las crecidas y para construir sus viviendas. La crecida, como es natural, se refiere aquí al poder excesivo de los *cives* acomodados de la ciudad.

Los *minores* de la Motta criticaban a menudo al arzobispo a causa de ciertas acciones suyas que ocultaban intereses completamente privados o de casta, es decir, en beneficio del clero hegemónico con sus propios *maiores*. Pero luego, a comienzos del siglo XII, los *minores* empezaron a acometerlo con enorme clamor. Querían explicaciones respecto a algunas corruptelas llevadas a cabo por parte del primado con la intención de apropiarse de sustanciosos legados recaudados a favor de los desamparados. Ariberto, acorrála-

do, reaccionó ordenando a sus *militēs* atacar y dispersar a la multitud de alborotadores. Tuvo lugar un enfrentamiento, con algunos muertos aquí y allá. La *societas* de la Motta rechazó a los soldados del arzobispo y los puso en fuga, hasta el punto de que Ariberto de Intimiano se vio obligado a abandonar la ciudad en plena noche con los acólitos de su curia.

Para aplaudir semejante prueba de valor y congratularse por ella, acudió a Milán gente de Seprio, la Martesana, Pavía, Cremona y Lodi, que se sentía gratificada por la expulsión de aquel arzobispo que tiempo atrás había actuado contra ellos persiguiéndolos con inaudita violencia.

Dada la situación, los feudatarios menores, reunidos en la Motta, solicitaron la intervención de Conrado II, llamado el Salio, rey de Italia, que entró en liza con sus ejércitos. El soberano estaba convencido de que Ariberto, con su propensión a acumular poder en la región, constituía un grave peligro para su política. De este modo, Conrado II localizó a Ariberto en un refugio de los alrededores de la ciudad, donde se había escondido, lo capturó y lo hizo encarcelar en un castillo cerca de Piacenza.

Sin embargo, al cabo de un mes, Ariberto, gracias a la intervención de fuerzas externas, logró escapar y regresó a Milán, donde, merced al clásico e impredecible viraje de las multitudes, fue recibido como un triunfador. Todas las facciones, incluidos los valvasores, con excesiva adulación (que afortunadamente nosotros en nuestro siglo desconocemos...), se acercaron de nuevo al arzobispo, quien decidió duplicar el número de *militēs* destinados a su defensa, prometiendo donaciones para los indigentes y la supresión inmediata del impuesto llamado IMU (que descubrimos

que ya era famoso en el siglo XI con el significado de «inmediatamente urge pagar»¹.

Pero regresemos a nuestra historia, a Milán.

Fue en aquel momento cuando hizo su aparición el *carroccio*, el carro con las enseñas municipales, que acabaría convirtiéndose, al cabo de pocos años, en un símbolo de la recién conquistada libertad de los municipios.

Preste ahora atención el lector porque va a dar comienzo un hecho verdaderamente extraordinario y al mismo tiempo sobrecogedor. Ariberto de Intimiano está visitando un valle de los alrededores de Turín cuando los valvasores locales le señalan la presencia, en los alrededores de Monforte de Alba, de una comunidad de algunos centenares de herejes que han aceptado la invitación de la condesa del lugar para reunirse dentro de las murallas del castillo. Aspiran a una Iglesia pura, como se imaginaban que debía de ser la primitiva.

Movimientos heréticos del mismo estilo se están difundiendo también en otras zonas del Piamonte. Preocupado, el arzobispo envía a un emisario suyo al castillo, quien, con mucha cautela, solicita a un representante de esa comunidad una reunión con Ariberto, quien se manifiesta interesado por conocer sus creencias.

Al cabo de unos días, se presenta en Intimiano un hombre llamado Gerardo, encantado de poder ilustrar al arzobispo con sus opiniones.

¹ Broma del autor acerca del IMU, acrónimo del impuesto municipal italiano actual, que grava las propiedades inmobiliarias, constante objeto de controversia política. (*Todas las notas son del traductor*).